

A la pregunta del sufrimiento, por lo tanto, respondemos: Dios ha hecho algo, algo profundamente poderoso, no por llevarse nuestro libre albedrío o adormecernos, sino por preservar nuestra dignidad, dándole al sufrimiento un gran significado. Esto, por supuesto, plantea la pregunta, “¿cómo da Jesucristo significado al sufrimiento?”

El poder salvador del sufrimiento

En primer lugar, mientras hacemos esta pregunta, nosotros “no puede dejar de notar que Aquel, a quien pone su pregunta, sufre El mismo, y por consiguiente quiere *responderle* desde la cruz, *desde el centro de su propio sufrimiento*” (*Salvifici*, párrafo 26). En Cristo, uno aprende que los problemas y las penas de este mundo no son simplemente el trabajo duro de la humanidad que Dios observa desde lejos. Por el contrario, Dios responde a la pregunta del mal y del sufrimiento desde su propia experiencia. Su respuesta está formulada desde lo más profundo de su corazón, por el que él experimentó la plenitud del sufrimiento humano. El le contesta a usted al corazón, no como el que se encuentra *por encima de éste*, pero como el que se encuentra *en solidaridad con éste*.

El segundo punto que debemos considerar, al reflexionar sobre Cristo como una respuesta al sufrimiento, es que él permanece crucificado. Habiéndose resucitado de entre los muertos y ser transformado en su cuerpo glorificado e inmaculado, conserva las marcas de su crucifixión. Él no lo considera oportuno eliminar lo que el mundo vería como manchas, sino las mantiene como marcas de gloria, que son parte de su dignidad y deidad.

En esto, vemos un reflejo y una promesa del plan de Dios para nuestro propio sufrimiento. Aprendemos que la cura no viene simplemente cuando acabamos con el dolor que hemos experimentado, como si de alguna manera esto pudiera justificar el tiempo ya pasado en sufrimiento, sino en contrario, la cura comienza a revelarnos el misterio de que, en Cristo crucificado, el sufrimiento es una puerta de entrada a la alegría y a la gloria. El Papa Juan Pablo II escribe, “en la Cruz de Cristo no sólo se logra la redención mediante el sufrimiento, pero también el sufrimiento humano ha sido redimido” (19). Cristo, en su sufrimiento que redimió a toda la humanidad, nos muestra que nuestro sufrimiento tiene sentido.

Más aun, Cristo comienza a revelarnos un vistazo de lo que es aquel significado. En nuestro sufrimiento, somos participantes en la redención de la humanidad. A través de nuestro dolor, Dios promete salvar a otros del sufrimiento, para lograr un bien mayor. Nuestro sufrimiento no es el mal triunfando sobre nosotros, sino un acto del bien triunfando sobre el mal nuevamente. Al unir nuestros sufrimientos con los de Cristo, aprendemos que nuestro sufrimiento—como lo que sacrifiquen los

amantes el uno para el otro—nos conducirá finalmente al gozo.

San Pablo escribe que, a través de Cristo, cada persona “Siempre y a todas partes, llevamos en nuestro cuerpo los sufrimientos de la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo.” (2 Cor. 4:10). Pablo continúa, “porque sufrimos con él... para ser glorificados con él.” (Rom 8:17) y otra vez nos dice, “nuestra angustia, que es leve y pasajera, nos prepara una gloria eterna, que supera toda medida” (2 Cor. 4:17). San Pedro escribe: “Alégrense en la medida en que puedan compartir los sufrimientos de Cristo. Así, cuando se manifieste su gloria, ustedes también desbordarán de gozo y de alegría” (1 Pedro 4:13).

El sufrimiento en la comunidad

A veces, sin embargo, puede ser difícil ver esta realidad en medio de la profundidad de nuestro sufrimiento. Dios entiende esto, y no nos deja abandonados al mal. En cambio, El nos une en una comunidad, en una iglesia de fe, en la que nos amamos y nos apoyamos mutuamente en tiempos difíciles. Cuando uno elige un camino difícil, no es infrecuente solicitar, “Recuérdeme otra vez por qué estoy haciendo esto.” La Iglesia da testimonio de por qué tenemos fe, cuando la nuestra se vuelve débil.

Además, Dios le dio a Su Iglesia el sacramento de la unción de los enfermos. A través de este sacramento, Él le comunica el valor del sufrimiento al corazón de aquel que sufre y puede incluso conceder la curación. En Dios, el sufrimiento no es un acto sin sentido que refuta Su existencia, sino mejor, una experiencia muy humana a través de la cual llegamos a conocernos a nosotros mismos y la plenitud de nuestra dignidad. Cuando experimentamos el sufrimiento, nos sentimos atraídos hacia la comunidad, a través de la cual buscamos el poder transformador de Dios.

Escrito por

Josh Jones - M.A., Theology, Mt. Angel Seminary

Editado por

Dave Armstrong - <http://socrates58.blogspot.com/>

Version de la Biblia

La Biblia Latinoamericana

Para saber más:
stpaulse.com/ibelieve
streetevangelization.com

Copyright © by St. Paul Street Evangelization, Inc.

El Problema Del Mal y el Sufrimiento



St. Paul
Street Evangelization

Introducción

La realidad del sufrimiento es un argumento que se utiliza comúnmente para negar la existencia de Dios, o en contra de un crecimiento profundo de la fe. No tenemos que mirar muy lejos para encontrar la desolación en nuestras propias vidas, en las vidas de los demás y en el mundo. Tal conciencia puede provocar dudas sobre Dios. Esto se conoce como el “problema del mal” o el “problema del dolor.” Mantiene que:

1. Si Dios fuera absolutamente bueno, desearía acabar con el sufrimiento.
2. Si fuera todopoderoso, él también sería capaz de acabar con el sufrimiento.
3. Por lo tanto, porque existe el sufrimiento, puede que Dios no sea bueno, y/o no sea omnipotente, o posiblemente ni siquiera exista.

Incluso para los creyentes, la realidad del sufrimiento puede dificultar la fe. Podríamos pensar, “¿por qué rezar, cuando no parece ayudarnos—ni a mí ni a otros—contra el sufrimiento?” O, “¿Cómo puedo seguir esta enseñanza de la Iglesia cuando sé que sufrir será el resultado obvio? ¿Realmente querría Dios eso?” El problema del mal y del sufrimiento es algo con que cada persona debe enfrentarse. Es quizás la objeción más difícil al cristianismo, y por eso la Iglesia siempre busca responder con claridad.

¿Qué es el sufrimiento?

Para comenzar la discusión acerca de cómo puede existir Dios a pesar de la presencia del sufrimiento humano, primero nos debemos preguntar, “¿qué es el sufrimiento?”. El sufrimiento comienza, primero que nada, con el sufrimiento físico: es decir, con el dolor (las lesiones, el hambre, la sed, la enfermedad). Estas cosas son experiencias físicas genéticamente conectadas a nosotros para enseñarnos a evitar lo que podría hacernos daño; sin embargo, también a veces deben ser soportadas por los inocentes en situaciones injustas.

Sin embargo, sabemos que el sufrimiento es más profundo que eso. Más allá del dolor físico, hay un tipo de “sufrimiento moral,” un sufrimiento del corazón, cuando uno trata con la culpa, cuando presencia el sufrimiento de las personas y se preocupa por los demás, o cuando se enfrenta decisiones que podrían conducir al sufrimiento de uno mismo o de otros. Más allá de cada uno de estos ejemplos, existe también un tipo de sufrimiento existencial, es decir, la pregunta, “¿por qué?”, la cual el Papa Juan Pablo II, en su encíclica *Salvifici Doloris* (sufrimiento salvífico), escribe:

“Obviamente el dolor, sobre todo el físico, está ampliamente difundido en el mundo de los animales. Pero solamente el hombre, cuando sufre, sabe que sufre y se pregunta por qué; y sufre de manera humanamente aún más profunda, si no encuentra una respuesta satisfactoria. Esta es una pregunta difícil, como lo es otra, muy afín, es

decir, la que se refiere al mal: ¿Por qué el mal? ¿Por qué el mal en el mundo?” (Párrafo 9).

De esto, vemos que el sufrimiento puede ser definido como un encuentro con el mal; es decir, algo desordenado de lo bueno que no es como debería ser. El problema del sufrimiento, entonces, es la misma pregunta que, “¿por qué existe el mal en el mundo?”

El problema del mal

Es claro que el mal existe en el mundo, desde nuestro propio sufrimiento y el sufrimiento de los demás hasta el abuso de poder por parte de las autoridades; desde el egoísmo de los individuos que buscan su propio interés antes que el bien de aquellos con mayor necesidad hasta la violencia y la discordia entre individuos y naciones. Esto puede conducirnos a la siguiente pregunta: “¿por qué Dios creó el mal, si Él es completamente bueno?” La respuesta inmediata es que Dios no creó el mal, Él simplemente lo permite como consecuencia del libre albedrío que le dio a su creación.

En otras palabras, Dios en su amor por la humanidad no nos ató en esclavitud a su buena voluntad, sino nos dio el libre albedrío para poder optar por hacer su trabajo o por seguir nuestro propio egoísmo. El resultado es que el mal es creado por el hombre, no por Dios. Es la persona la que decide participar en crímenes, en la violencia doméstica y en familias rotas. Es la sociedad la que decide dejar que los suyos estén sin educación, con hambre y abandonados. Son las naciones las que deciden entrar en la guerra entre sí. Esto no es la voluntad de Dios para nosotros; es nuestra voluntad para nosotros mismos.

Sin embargo, esta respuesta no es suficiente para nosotros. Podemos pensar que tal vez Dios no creara el mal y el sufrimiento, pero no obstante, Dios podría actuar para detenerlos. No todas las personas escogen el mal, pero las buenas personas sufren a causa de los que lo elijan. Pensamos, “¿por qué Dios no los protege? ¿Por qué Dios no me defiende? Yo elijo lo bueno; trabajo para ponerles fin al mal y al sufrimiento. Pero está por encima de mi capacidad. Es demasiado grande para mí solo. Necesito ayuda. Si Dios existe, ¿por qué no hace algo para ayudarnos a acabar con esto?”

La respuesta es que Él sí hizo algo. Además de llamarnos continuamente hacia el bien, a seguirle y a combatir el mal, además de enseñarnos todas las maneras de hacer esto, en última instancia envió a su hijo, Jesucristo, para que Él se hiciera hombre, viviera entre nosotros, muriera en la cruz y se resucitara de entre los muertos. “Pero el mal todavía existe en el mundo; todavía sufro. ¿Para qué sirvió enviar a Cristo al mundo?” Para contestar esta pregunta, primero debemos explorar el misterio de que el bien puede provenir del sufrimiento.

El valor del sufrimiento

Inicialmente, el sufrimiento parece ser algo malo en total, algo que se debe eliminar. Echando un vistazo más profundo, sin embargo, podemos ver que la verdad no es así. De hecho, el sufrimiento puede ser algo bueno cuando se une a un adecuado sentido de significado. Vemos esto ante todo en el caso de dos jóvenes amantes. El caballero proverbial proclama las pruebas y triunfos que soportaría para mostrarle a su amada el amor que siente por ella, para ganar así su corazón. Para el amante, las millas recorridas para visitarla, el sudor derramado mientras le sirve, la soledad sin ella, el miedo del rechazo: todas estas cosas se convierten en insignias de honor cuando gana su mano.

Lo que por sí solo sería un sufrimiento sin significado, al servir el propósito de comunicarle el corazón a la amada se convierte en una acción alegre y vivificante. Incluso en una relación, los amantes buscan maneras de expresar el amor por el otro, el que solamente puede ser comunicado de manera efectiva cuando se escoge libremente el sufrimiento y el sacrificio por la persona amada.

Avanzando este principio un paso más al fondo, lo vemos presente en la vida diaria. Un estudiante aspira a mirar con orgullo un título universitario, ya que con éste puede demostrar la capacidad de triunfar sobre la adversidad, realizar tareas difíciles y seguir madurando. Sin embargo, ¿de qué uso sería tener un título si fuera fácil de obtener? Si graduarse de la universidad fuera simple, agradable y no exigiese ningún sacrificio o sufrimiento, ¿no entonces perdería su significado? Si todo el mundo pudiese hacerlo sin esfuerzo, ¿se convertiría entonces en un pasatiempo entretenido? Como dijo John F. Kennedy, “[hacemos estas cosas] no porque son fáciles, sino porque son difíciles” (Rice University, Houston, TX, 12 de septiembre, 1962). Por medio de su habilidad de experimentar y superar la dificultad, la humanidad encuentra su dignidad y desarrolla su fortaleza de carácter.

Reflexionando sobre esto, podemos ver que algunos animales no luchan contra el sufrimiento como luchan los seres humanos. Considere la vida de una cabra. Las cabras no tienen una vida difícil; por el contrario, pasan sus días durmiendo, comiendo y multiplicando su especie. Al reflexionar sobre el problema del sufrimiento, a veces inadvertidamente deseamos llegar a ser algo menos que ser humano. Sin embargo, la persona humana es más que una cabra. Tenemos una dignidad más allá de la mera supervivencia. La voluntad de Dios para nosotros no es ser anestesiados y no afectados por los problemas del mal, como algún androide estéril, sino elevarnos a tal gran dignidad, que estas cosas no puedan afectarnos, porque las hemos conquistado al darles un significado.